

Gerardo Cornejo

La torre

Por eso estoy aquí mirando el cielo cenizo por entre los hierros entretejidos de la torre y los cartones agujerados de mi covacha. Los cables de la electricidad le cuelgan todavía por los lados. Pero no conectan con nada. A las torres se las llevaron y dejaron ésta como olvidada. Pero no se ven las estrellas aunque es una noche sin nubes. Sólo se ve el cielo lechoso, cargado con los humores de la ciudad. La luz se ve densa y revuelta con el humo espeso y amarillento. El aire está pesado y grueso como que podría cortarse con el cuchillo romo que me encontré el otro día en el tambor grande de la basura (porque cuando bajo de madrugada, y con cuidado para no despertar el criaturero del segundo y del primer descanso, alcanzo a hurgar en el tambor antes que lleguen los del carro blanco y mugroso que dice: "Servicio de Limpia" y quién sabe qué más). Mañana tendré que ir con mucho tiento porque el otro día que me sorprendieron me amenazaron con llevarme a la guarida del rey de la basura donde me iban a hacer no sé cuantas cosas. Se pusieron muy duros y me dieron un llegue de golpes atravesados (de esos golpes malos) para enseñarme que hablaban en serio. Por eso tuve que darles el pantalón que había encontrado en el tambor. Lástima, porque estaba como nuevo aunque tuviera una pierna medio quemada. También me quitaron el cinturón que había encontrado el día

después de la Navidad (cuando pasan esas fiestas la gente tira muchas cosas todavía buenas, como para que alguien les regale otras nuevas) por eso ando con este cáñamo amarrado a la cintura y a cada rato se me andan cayendo los pantalones. Y luego que llega el policía de punto y que me agarra del brazo y me dice: ¿No sabes que la basura va pal corralón de Acatitla y allí hay muchos que la espulgan y la benefician pa'Don Juan Hilachas, ques el rey de los pepenadores, y pa' él tienen que seleccionar lo vendible y lo reparable y lo beneficiable y todo, y él les paga una mugre y no pueden alebrestarse porque entonces les echa al Toro Garreros y al Andrajos Padilla pa'que los desaparezcan en el montón de basura? Y luego, pos nosotros, aunque estemos viendo las movidas y los muertitos pos, nos tenemos que hacer de la vista gorda porque si chistamos entonces nos llegan a nosotros también. Y es que el Hilachas tiene comprados a los jefecitos y éstos tienen que darle parte a los jefes y éstos a los jefazos, y así. Pero a nosotros no nos toca nada, y ni modo de denunciarlos a la justicia porque resulta que también tiene comprados a varios políticos grandes a los que les pasa millonadas cada mes. Así es que no hay de piña ni de limón, mi cuate: o te cáis redondito con lo que traigas o te entrego a una de las dos mafias, o a una pa'que te mande con lotra. Nomás imagínate lo que te va a pasar con el Toro y el Andrajos si dicen que luego te aplican "la desaparecida" que empieza con arrancarte la lengua, luego con meterte un tubo picudo por el ombligo pa'sacarte la basofia sin que te mueras. Nomás te quedas vacío por dentro, así que no tienes fuerza para moverte mientras te van quebrando hueso por hueso hasta llegar a la cabeza. Cuando ya no eres más que una masa de carne, te echan en un costal y te tiran a que te coman los perros y lo que éstos dejan lo desaparecen en el montón de basura. Ahora que si quieres quedarte con la policía, pues allí no nos quedamos atrás y contamos con torturadores profesionales que nada le piden al Toro y al Andrajos. Nomás que siempre están muy ocupados con los guerrilleros urbanos que les tráin (porque los de la sierra son pa'que se dé gusto el ejército), así que creo que mejor te mandarían a la corte de Don Hilachas.

—Así que tú dices— me repitió, y tuve que darle la chamarra que traje desde que llegué de mi pueblo (y ora con este frío de últimos de diciembre que cala como cuchillo de vidrios). Así que esto de la basura se acabó. ¡Qué se le va a hacer! Ora nomás falta que vengan a tirar la torre.

Yo llegué aquí primero. Vine desde que vi que desarmaban las otras torres y bajaban los cables. Luego dijeron que ya era tarde y que el día siguiente vendrían por ésta. Pero no volvieron. Por eso armé las tablas y los cartones entre sus patas y sus zancos de cemento. Luego traje trapos viejos y tapé los agujeros, porque este diciembre ha hecho



un frío que se mete en los huesos como vidrio molido (y ahora sin chamarra). Pero yo llegué m'ijo primero. Caí por aquí desde que en mi tierra empezaron las persecuciones del viejo Canaváres que tenía comprado a medio mundo y que era gran amigo del Gobernador. Toda la costa grande le tenía un miedo oscuro desde que le entró por comprar las tierras de los campesinos copreros pagando lo que quería y diciendo que él no obligaba a nadie (pero amanecían muertos en la selva los que no querían venderle).

Y un día me llegó a mí, y yo dije: —en esta tierra me siembran pero yo no vendo. El estaba encaprichado con mi tierrita porque quedaba cerca del río y allí quería ampliar las casas con bares que tenía para los de Acapulco que querían venirse a pasar allí las noches jugando ruleta, y otros aparatos, atendidos por putas extranjeras. Pero la atracción más grande era que ofrecía muchachitas nuevecitas reclutadas entre las hijas de las viudas de los que él había mandado matar y habían quedado en la miseria. Así los asesinatos empezaron a rendirle doble beneficio.

Y mi tierrita estaba a la mera orilla del recodo y en la parte más frondosa y fresca, justo frente al estanque que tiene agua todo el año.

Por eso, y porque era mía desde que mis abuelos se la dejaron a mis padres y ellos a mí y yo iba a

dejársela a m'ijo Fabián y a m'ija Hermelinda: yo, no la vendía.

Por eso, y porque allí nació y me crié y me hice hombre. Y porque allí conocí a la Leticia y luego la quise más allá de todas las alturas de todas las sierras más altas; más allá de los vuelos lejanos de todas las gaviotas de la costa; más allá de todos los abismos de todas las quebradas de la sierra madre del sur; más allá del más allá lejano; más. . .

Por eso y porque luego me casé con ella después de mil serenatas con tríos costeños. . . “porque se muere mi corazón, porque tú has sido mi amor primero, porque tú has sido mi único amor. . .” Y porque después llegó el Fabiancito todo prieto como su madre y con ojos de ángel asustado. Luego la Hermelinda que más parecía una garza de pantano, toda erguida y elegante cuando cargaba sobre su cabecita adolescente el liacho de ropa recién lavada en el río. ¡Y cómo le ayudaba a su madre! ¡Y cómo creció hasta ser más grande y más bonita qu'ella! . Parecía una venada morena; una criatura del monte que Dios había creado para que armonizara con tanta belleza que había puesto sobre la Costa de Guerrero.

Por eso y por otras razones más: yo, no vendría.

Ella ya estaba señorita el día en que los matones del Canaváres se presentaron en mi jacal con trescientos pesos en la mano, unos pocos de papeles y un: —“Firma y desocupa mañana, al patrón no le gusta esperar.”

Fue entonces cuando les dije: —Aquí me siembran, pero yo no vendo.

Ellos dijeron: —Bueno, allá tú—y se fueron sin prisa encontrándose, al salir, con la Hermelinda que venía del río. Y les alcancé a ver una mirada turbia y una sonrisa ladiada.

Desde entonces empezó a correr por mi rancho un viento de desgracia hasta que un mal día comenzó a mecer el palmeral y a arrastrar nubes preñadas de presagios oscuros. La noche empezó a llenarse de relámpagos culebreantes que más parecían latigazos. Estaba visto que era una borrasca costera de ésas que levantan pedazos de mar y los echan contra la costa. Como al anochecer, los remolinos mezclados de agua y viento ya andaban levantando gallinas, estrellándolas contra las chozas y regando de pescados aéreos los patios y los corrales. El río empezaba a arrastrar una agua turbia llena de raíces y de árboles arrancados como con furia. El ventarrón bramaba sobre la selva y habrá que ponerse seguro bajo los techos porque los cocos llovían, como pedradas, sobre las cabezas y empezaban a aporrear a los burros que arrinconados en los recodos del corral se estaban volviendo locos. Una parvada de tordos sorprendidos vino a estrellarse contra un costado de paja de la cabaña abriendo un boquete por donde empezaron a meterse los chorros de agua y de viento. A gritos echamos el viento



afuera y a trapazos mojados el agua. Afuera la noche se hacía trizas y las palmeras se doblaban hasta el suelo. Noche en que los humanos se apretaban unos con otros para darse protección. Por eso fue que salí apurado cuando escuché los gritos detrás del corral de los puercos. Corrí pandeado contra la borrasca y tras los llamados de ayuda que se llevaba el viento. Logré ubicar los llamados y me deslicé por entre las trancas buscando aquel reguero de socorros y auxilios despavoridos. Y de repente, al dar la vuelta a la esquina del chiquero, cuatro zarpazos me cayeron encima tumbándome de boca sobre el lodazal. Respiré lodo hasta los pulmones y me habría ahogado con el estiércol que me invadió las entrañas, si no me levantan y me arrastran hasta la choza. A patadas cerraron la puerta y a empujones me amarraron contra el horcón central que sostenía el techo. Sentí cimbrar entonces todo el jacal en mi espalda y un frío vidrioso me recorrió el espinazo. Se habían enlodado la cara pero eran los mismos, sus pistolas se delataban bajo las lonas y la mirada, turbia como el agua del río, les brillaba como carbón en brasa. De un costal de cuero duro sacaron una bolsa de plástico y de allí unas hojas largas de papel muy grueso. Arrimaron la lámpara de petróleo y ordenaron: —Firma— mientras seguían golpeando. La madre y los hijos, aterrados, se apretaban en un rincón protegiéndose unos a otros. Cuando repararon en ellos ya la vista se me iba nublando por un desmayo. Cuando desperté las mujeres se defendían a arañazos mientras los esbirros les arrancaban las ropas a tiras que luego revoloteaba el viento. El hijo brincó por el machete y entonces sonó el primer disparo que se perdió, sordo, entre sus carnes jóvenes y entre el rugir de la noche.

—Les firmo —grité, mientras dos de aquellas bestias doblaban a la Leticia sobre la cama.

—En cuanto te firme te lo despachas —dijo el otro mientras forcejeaba—. Los dos pasan por el machete, pero la chamaca nos la llevamos, la pidió el patrón.

Todo me lo trajo clarito el viento, pero me hice el sordo y esperé a que me desataran la mano. Pero como no sé escribir, pedí que me desataran la otra para estampar las dos huellas. Entonces salté como tigre sobre los dos de enfrente y al derribarlos alcancé a oír un golpe seco contra mi nuca que me llenó de tinieblas.

El viento se había ido, la madrugada estaba calmada como queda siempre después de la tempestad. Una claridad de muerte se paseaba por toda la choza. Fui entrando a la realidad lentamente sólo para desear no haber regresado nunca. En el rincón del fogón: el hijo doblado sobre un charco de sangre, todavía con el machete en la mano. Sobre la cama:

la Leticia con la mitad de su cuerpo violado, colgando hacia el suelo y sus ojos fijos en el miedo. —Hermelinda —grité crispado, y me contestó una voz ruda desde afuera de la puerta:

—Se la llevaron p'al patrón. Yo me quedé velando tu sueño de angelito pa' que me firmes en cuanto te despiertes. Créiba que ya te habías muerto y ya se me pudren los hígados destarte esperando. Así que me firmas orita mesmito o te parto el coco de un machetazo. Pero sin trampas, porque ora sí te carga el carajo, conmigo no se juega como con el pendejo del Cambujo. ¡Anda (y me soltó las manos) ya de una vez, hijo de mala madre!

Junté los pulgares (para poder apretar las manos) y con las dos en bulto, por sobre mi cabeza: le sorprendí la cara. Cayó de espaldas sobre la lámpara que regó por todas partes una llama de petróleo liberado. Le salté sobre el cuello, se lo apreté con una fuerza que todavía no entiendo y con la derecha: le hundí el machete hasta el mango tres veces (como a los tlacuaches porque no se mueren a la primera) mientras las llamas cubrían ya la mitad de la casa.

Alcancé a mirar el montón de cenizas soltando humo negro y espeso mientras me empapaba las quemaduras con agua del charco. Y todavía con las llamas en mi cerebro y antes de que volvieran los asesinos del Canaváres, emprendí la carrera hacia el monte y no paré hasta llegar a la Cordillera donde me encontré con el profesor y su grupo de guerrilleros. Ellos me creyeron porque casi a todos les había pasado lo mismo. Y me dieron un rifle.

Anduvimos por meses penando entre cuevas húmedas y hambres eternas hasta que los soldados cambiaban de puesto y los campesinos podían traernos comida. Unos nos daban maíz, otros harina, otros carne y queso especialmente secados para nosotros y todos mezclaban sus informes con sus esperanzas.

Hasta que un día los caciques, unidos con los comerciantes, formaron un grupo de esos que les llaman de las fuerzas vivas. Y se fueron a la capital del estado. El Gobernador les prometió todo el ejército, les refrendó su propiedad sobre las tierras que habían arrebatado a los campesinos y les dijo que se fueran tranquilos que para eso tenía un jefe de zona militar especializado en "aplar" al pueblo.

Cayeron como perros rabiosos rastreando nuestra sangre por toda la sierra; torturaron a los hombres de más de nueve pueblos, escogieron a algunos y les formaron cuadro, luego los colgaron de los amates más altos y los dejaron allí dizque para escarmiento. Cuando el profesor llegó a descolgarlos no pudo contener la indignación y ciego de rabia atacó el puesto de los matadores de campesinos. Les dimos hasta por debajo de la lengua, pero les llegaron refuerzos. Los helicópteros revoloteaban sobre nuestras cabezas regando un fuego líquido y pegajoso color naranja. Las ráfagas, de toda clase de armas nuevas, barrían al ras el suelo.



Cuatro logramos huir y los demás quedaron regados sobre la hierba. Luego supimos que el profesor, herido, había sido llevado al capitán que llamó al mayor; que llamó al coronel; que llamó al general: que vino a matarlo personalmente y "a cubrirse de gloria". Luego vino el Gobernador con la prensa y se retrató junto al muerto, y se estuvo allí hasta ver que lo enterraran bien hondo. Luego, con cara de satisfacción, guió a los periodistas hasta la plaza del pueblo donde fue agasajado por las fuerzas vivas locales. Los periodistas gritaron por todo el país el día siguiente: que había muerto el bandido; que la paz había vuelto a la Costa Grande; que los señores propietarios podían dormir tranquilos; que para eso era el ejército; que contra ese heroico cuerpo no podía ningún pueblo; que estaban especialmente adiestrados para matar rebeldes y que...

Por eso estoy aquí encaramado en la torre. Hasta aquí me arrastró la huida. No he podido conseguir trabajo porque no hay, y porque todos los que están aquí vinieron de sus pueblos, porque allí tampoco había, y porque si encuentro, me denunciarían. Por eso estoy aquí empericado en el tercer descanso. Al principio la hice de todo en el barrio, pero cuando vino la policía a desalojarlos acabó con todo: que paracaidistas caídos de todos los rumbos de la provincia; que se enraizaron en un terreno propiedad de un señorón de influencias con los peces gordos de la política; que posesión ilegal; que

propiedad privada sagrada; que hay orden de que se salgan; que si no se salen hay orden de sacarlos a la fuerza; que no se salieron y entonces en la madrugada: llega toda la fuerza de la policía con sus armas y su equipo nuevos y que se arma el jaleo. Comienzan ametrallando a varios, luego los sacan a todos de sus covachas de cartón y se oye un griterío de niños y de mujeres que quedan sobre la costra de lava tiritando de frío, luego les quitan el frío prendiendo fuego a sus chozas, hasta que amanece y ya no hay barrio, sólo un montón de cenizas negras que revuelven los tractores-oruga antes de que llegue la prensa. Y ellos allí parados con los ojos nublados de rabia y angustia, nomás viendo cómo todo desaparece, muertos de frío y de rabia. Y en la tarde del mismo día los periódicos avisan con letreros negros que hubo un incendio, que se investiga el infortunado accidente, que invasores de propiedades de señores muy decentes, que dañina plaga que llega del campo, que quién sabe qué más. Luego los políticos declaran que los propietarios pueden estar tranquilos que para eso es la policía, que está especialmente adiestrada y que cuenta con equipo nuevo para garantizar el orden y la paz y los bienes de los ciudadanos que con tanto sacrificio se han hecho millonarios; y que quién sabe qué más.

Por eso fue que estas familias vinieron a amontonarse aquí alrededor de la torre. Cuando empezaron a llegar yo andaba de peón en unas obras y sufría

mucho porque la cal de la mezcla me alborotaba las quemaduras que tengo por todas partes y no podía curarlas allá porque el capataz haría preguntas y luego... y luego tenía que venirme a empaparlas con trapos mojados y sal; pero como aquí no hay agua tenía que ir hasta el grifo de la calle grande a hacer cola (porque todos están siempre allí con sus baldes y botes esperando que salga el chorrillo) y peor ahora que el líder de colonos empezó a cobrarla, dizque es un impuesto para el Departamento de Aguas, cuando todos sabemos que le pasa la mitad de lo que saca al Jefe de ese Departamento.

Así que cuando volví de las obras ya estaba todo esto lleno de gente. Como no cabían en el solar, tuve que hacer mi chináme en el segundo descanso de la torre. Todos me ayudaron a clavar las tablas y los cartones y abajo quedó una familia con un montón de niños. Por suerte tiene escalera de fierro pegada y aquí arriba me siento seguro. El primer día me di cuenta que desde abajo nomás había estado viendo el barrio, la basura, los perros y la mierda. Pero el segundo descanso se ven los edificios de apartamentos donde viven muchas gentes que se meten allí y los tienen que pagar a pedazos durante casi toda su vida. Y parece que los dueños son los mismos de los terrenos que fueron desalojados aquí. Creo que los quieren para hacer palomares de éstos y

chupar la deuda de esas gentes de por vida. Pero más allá se ven casas bien pintadas y con varios cuartos. Tienen muchas ventanas y carros estacionados en sus entradas, y me fijo que los hombres tienen trabajo y salen bien vestidos en la mañana llevando sus hijos a la escuela y regresan ya de noche con cara de fastidiados. También se ve la Ciudad Universitaria hormigueando de jóvenes que sólo van y vienen.

Pero volvió a pasar lo mismo en el barrio del otro lado de la loma. A ellos dizque porque ocultaban guerrilleros de ciudad. Por eso estoy aquí en el tercer descanso. Ahora está lleno de vecinos el segundo y más lleno el de abajo. Y todos tienen montones de niños. Parecemos una torre humana. Me ayudaron a cambiarme, y la vista también cambió: desde aquí veo los barrios de los ricos del Pedregal que parecen islas en un mar de tugurios sin fin. Por encima de sus grandes bardas de piedra veo sus albercas azules y sus perros de raza fina, sus sirvientes de uniforme blanco y sus choferes aburridos esperando eternamente mientras leen periódicos viejos. Enormes casotas para unos cuantos de familia, se ve que son más los criados. Cuatro carros por casa, por lo menos, a veces cinco (si lo contara en mi pueblo no me creerían). Y todo diciembre se han visto árboles de colores, fiestas a las que llega mucha gente con vestidos largos, como rastras de palma, y coches relumbrosos y extraños. A mí me gusta mirar para allá pero luego se me cansa la vista y se me viene cayendo para acá, luego descansa sobre las casas de más cerca y sobre los edificios de apartamentos hasta que viene a parar abajo de nuevo, entonces me da angustia, y la levanto hacia el cielo.

Por eso estoy aquí viendo el aire cenizo y lechoso por entre los cartones por donde se está colando un frío de pobres. Sabiendo que mañana tendré que bajar otra vez para regresar sin haber conseguido nada; sabiendo que aquí estaré otra vez aguantándome el hambre y mirando el cielo espeso; sabiendo que todo esto mejor ni contarle porque nadie querrá creerlo (aunque todos los saben); temiendo que cualquier día lleguen a tirar la torre y que la tiren con todos adentro; temiendo que ni nos avisen o que sí nos avisen porque entonces a dónde nos vamos; sabiendo que aunque lo cuente se negarán a creerme porque todos lo saben y no pasa nada, porque a nadie le importa, porque a nadie le llega, porque a nadie le duele: sólo a nosotros. Por eso me levanto y saco la cabeza y les grito: que sean todos malditos, maldita la policía asesina; el ejército sangriento, el gobierno podrido, malditos los de los apartamentos; los de las casas. Y vuelvo a gritar: malditos los de más allá, los de más lejos. Y con un alarido hasta el fondo del tiempo: malditos todos; todos malditos...

